

Los más racionales, los que se proponen fundir el tejido fibroso, quizás son los menos seguros; la fibrolisina, excelente a veces, fracasa las más o se concreta a una ligera mejoría.

El masaje solo o combinado con queratolíticos, electrolisis, los rayos X, el radium, los ultravioleta y hasta la nieve de ácido carbónico, pueden regularizar, aplanar y hasta rellenar una cicatriz; no obstante este lujo de bellos recursos, todos útiles, no aventaja a los simples paraplastos de Unna; en éstos, como en muchos casos, lo que hacía Unna hace ya 30 años en Hamburgo sigue siendo lo mejor y, sobre todo, lo más sencillo.

H. — *Piel senil.* — La piel senil es una atrofodermia que se caracteriza fundamentalmente por tres órdenes de procesos: la arterio-esclerosis, la desaparición de los elementos elásticos y la atrofia de los elementos grasos.

El desigual riego que produce la arterio-esclerosis hace que se vea su epidermis escamosa y delgada en unas partes, hiperqueratósada, rugosa y engrosada en otras; este espesamiento puede llegar al queratoma unas veces, al acantoma formador de verrugas otras, ambos amenazando el epiteloma.

También la desigualdad de riego produce estos cambios colorantes que la hacen aparecer manchada, acrómica en unos espacios, amarilla de hoja seca en otros, francamente melánica en muchos; en las manos estos manchados toman a veces un aspecto pelagroide.

La desaparición de los elementos elásticos completa o parcial produce la falta de tensión, de tersura, recobra mal la elasticidad, los pliegues se separan muy lentamente, quedan cada vez más persistentes y más profundos, hasta parecer que profundizan más allá del dermis; tal es la génesis de las verrugas.

La atrofia grasosa, sobre todo en los flacos, hace que la piel penda en pliegues, que con ella venga la atrofia sebácea pilosa y ungueal: de aquí las alopecias y las onicatrofias propias de la edad avanzada.

¿Cómo detener el trabajo indestructible e irremediable que acabamos de describir?

Los que conservan su tejido adiposo conservan mejor su piel, y los que tienen retardada su arterio-esclerosis, retardada la sensibilización lo mismo; pero estas causas generales no entran ciertamente en reglas de profilaxia estética.

También sabemos que la aceleran los que tienen las partes descubiertas constantemente a la intemperie (marinos, labradores); es sabido que la acción química de los rayos solares y los cambios bruscos de temperatura aceleran las formaciones queratósicas epidérmicas.

Las lociones excitantes alcohólicas o de aguas aromáticas tibias

o calientes por la noche y el uso de las lociones frías con fricción por la mañana, son los consejos profilácticos más sencillos.

Mucho puede el masaje *quinesidietésico*, del que he hablado con motivo de los trastornos de la cornificación, retardando lo inevitable; un sabio masaje y el uso de mascarillas cautchoutadas o de muselinas emplásticas reductoras durante la noche será un recurso cosmético engorroso y largo, pero sano y decididamente el mejor y más útil retardante.

Es claro que rechazamos como nocivos el *maquillage* y el *esmal-tado*; pero no es lo mismo la máscara de cautchout o de muselina em-plástica, que al quitarla irá seguida de una crema reductora u oxi-dante, según el tipo de las alteraciones epidérmicas que queramos combatir y que viene a ser la representación actual de la mascarilla nocturna de leche con miga de pan de las patricias romanas del Imperio.

Otra cuestión previa profiláctica: la piel senil es una piel casi siempre en potencia epiteliomatosa; creo que deben desaconsejarse rotunda y terminantemente para estos pequeños procesos querató-sicos o verrucoides todas las radiaciones a las cuales se les concede potencia epiteliomizante, desde el radium a los rayos X o a los ultra-violeta; bastan siempre los recursos farmacológicos, los cáusticos ac-tuales o la congelación, en absoluto inocentes y tanto o más efectivos. El asunto es el nudo de la lucha anti-cancerosa: es bien sabido que el epiteloma infectante ha sido siempre antes un proceso pre-epi-teliomatoso.

I. — *Estética pilosa*. — Como ninguna de las cuestiones estéticas que vengo enumerando, tienen las de *pilocultura* carácter galante, huelen a *boudoir*, a secreteo femenino y representan un capítulo, por lo menos el más importante y el más útil de la *toilette*, capítulo alrededor del cual pululan varias industrias: perfumistas, peluqueros, dro-gueros, que necesariamente no pueden cumplir más que por casua-lidad cuánto en sus ilícitos anuncios prometen. El problema de las alopecias es un problema intrincadísimo que una fórmula sola jamás podrá resolver; menos mal cuando el producto panterápico que ex-penden no es nocivo, que cuando lo es puede producir trastornos de tal naturaleza que pueden por encadenamiento de incidentes patoló-gicos producir la muerte; yo he visto la erisipela suceder a una der-matosis por tintura plúmbica aplicada una sola vez para modificar una canicie.

Rara vez la mujer se resigna a perder su cabellera, el más bello florón de la belleza humana: por esto los problemas de esta naturaleza son siempre problemas interesantes; lo mismo la que presenta un *defluvium capilorum* post-infeccioso, que la que pierde lentamente

sus cabellos después de verlos progresivamente adelgazar y acortar por seborrea, que la que en plena juventud ve caer a puñados sus trenzas por alopecia prematura idiopática, que la que por una afección neuropática ve aclararse en zonas su cabellera, que aquella que por una infección crónica, como la tuberculosis o una visceropatía despauperante ve tristemente perder el último rastro de su belleza; todas os pedirán un remedio a su dolencia, al parecer insignificante, nimia, pero de alta trascendencia psíquica y moral, tal que hace de ella un síntoma por lo menos tan interesante como un síntoma inquietante de cualquier visceropatía.

No voy a repetir aquí lugares comunes desaconsejando horquillas metálicas, peines finos, postizos, brillantinas, rizados, ondulaciones, torsiones, porque son prácticas que el sentido común reconoce antihigiénicas. Tampoco quiero discutir si deben llevarse cortos o largos o si deben cortarse periódicamente para que crezcan, porque lo primero es asunto de moda, de costumbre y de raza, y lo segundo, o sea la poda metódica, quiere fundamentarse, como dice Sabouraud, con prácticas hortícolas que nada tienen que ver con la forma de evolución del tallo piloso.

Sí discutiré el *porte*, con doble motivo que generalmente a la extravagancia de la moda se junta lo antihigiénico y lo antiestético. Estudiadas en cada cabeza las curvas regulares de Eschricht y su vórtex o punto de irradiación, cualquier peinado cuyo dispositivo lleve dirección contraria a la implantación que estas líneas indican debe rechazarse; nuestras averiguaciones en cadáveres sobre esta cuestión son terminantes: la causa primera de las mayoría de la infecciones foliculares y calvicies consecutivas reside en el porte en contradirección del tallo piloso, que amén de irritar la papila y comprimir la glándula sebácea, facilita la abertura del infundibulum y con ella la implantación de los gérmenes patógenos; por esto la calvicie femenina principia principalmente por la nuca y secundariamente en la frente y sienes, y por esto la calvicie masculina se inicia en la frente para invadir el vórtex y la región fronto-parietal.

A poder escoger entre la abigarrada mezcla de extravagancia y arte que campea entre peinados históricos, nosotros elegiríamos como más sanos el medioeval masculino y la *coiffure a l'enfant*, como femenino, elegante forma de peinado con la cual después de haber destronado las monumentales edificaciones pilares de *maître* Leonard se despidió el antiguo régimen en el momento preciso en que éste fué mejor.

Indudablemente que estos peinados serían más sanos y más estéticos que la mayoría de los actuales, ya que ni la higiene ni el arte son cosas en las cuales anden muy fuertes quienes se cuidan de im-



ponerlos; con todo, entre los presentes, los bandós y las trenzas recogidas en la nuca no son de los peores.

Los engrasados suaves serán útiles a las cabelleras secas y hasta a los hiperhidróticos sin seborrea; los lavados no serán nunca fuertemente alcalinos, como los conocidos Shampooing de los peluqueros, que deben rechazarse a no ser transitoriamente y aun sólo para cabezas muy grasas. En general, los lavados ligeramente amoniacaes serán los preferidos para las cabezas grasas; la corteza de Panamá resultará útil en las muy pitiriásicas; el jabón sólo útil para limpiar de cuerpos extraños; las lociones alcohólicas añadidas de pilocarpina, de quinina, de sustancias aromáticas excitantes se rechazarán para las cabezas secas con o sin pitiriasis, ya que el alcohol, como deshidratante, empeora la queratinización y con ella la formación folicular; el secado rápido es indispensable después de los lavados todos del cuero cabelludo.

Hasta aquí lo referente al cuero cabelludo normal dentro de sus variantes fisiológicas; no entraré en el tratamiento especial de cada caso patológico, pero, fiel a nuestro objetivo, veamos las orientaciones actuales de las alteraciones antiestéticas del tejido piloso, congénitas o subsiguientes a procesos patológicos de la piel del cráneo. Me refiero a la reparación de las alopecias, a la calvicie y a las hipertrichosis.

a) Al considerar una alopecia siempre cuidaremos de investigar los pequeños elementos acompañantes que la valoran, a saber: referente al cuero cabelludo, la *eritrosis*, la *hiperhidrosis*, la *hipotonía*, el *prurito* y la *pitiriasis*; respecto al estudio de la alopecia misma, debemos tener en cuenta la cantidad y la morfología radicular y del ápice de los pelos caídos formando con ello gráficas de alopecia; con estos elementos abordaremos la cura estética en cada caso.

De todas las teorías que se disputan hoy día la concepción de las alopecias primitivas y, en consecuencia, que quieren explicar la formación pilosa, yo no puedo admitir ninguna para explicar todos los casos; en todas hay un hecho verdad que explica unos casos, y quedan después de recorridas todas casos sin explicación; es una cuestión general de todas las doctrinas biológicas.

Buen número de casos explica la teoría refleja tal como la quieren Jacquet y Bulliard: un reflejo visceral, gástrico, intestinal, genital, dentario produce alopecia difusa, como ya es sabido que la produce circunscrita; han deducido de ello un proceder de cura que llaman bioterápico, consistente en regularizar estos reflejismos viscerales por medio de un régimen principalmente dietético; yo creo que mejora un número contado de casos de alopecia difusa, aquellos en los cuales es clara y patente la relación del reflejismo y la alopecia.

Hebra y Kaposi vieron las alopecias difusas relacionadas con la

clorosis, con las anemias, con las caquexias, generalizando el concepto; yo creo que las anemias esenciales y las caquexias son causa de alopecias transitorias dependientes del riego deficiente papilar; pero estos casos son bien claros y bien definidos, lo mismo que los toxiinfecciosos; no son los casos comunes de los cuales es el símbolo la alopecia prematura idiopática.

También, al fin y al cabo, son bien definidos los casos de alopecia seborreica que Sabouraud ha tan bien demostrado; siguiendo el criterio del tratamiento local que él y Unna aconsejan y que se deduce lógicamente de su doctrina, se mejoran y hasta se curan casos de alopecia francamente seborreica, pero no todos y ni siquiera la mayoría; y es que falta algo interno, el preparador del terreno para que germine el microbacilo de la seborrea.

Queda por analizar la teoría hipoendocrina apoyada en hechos bien claros, apoyada en que las castraciones, como las tiroidectomías, como los mixedemas, producen alteraciones pilosas atróficas considerables, en que en las épocas de menopausia se produce una alopecia que inicia la senil progresiva, como la pubertad inicia un desenvolvimiento progresivo del sistema piloso, en que en las insuficiencias glandulares supra-renales e hipofisiarias se observan alteraciones del sistema piloso. Y queda por analizar la teoría que, basada en la fagocitaria, sustentan Spillmann y Bruntz (1911); habría en gran número de los alopécicos un aumento de leucocitos que van cargados de productos nocivos, que intoxican el organismo, éstos tienden a una exocitosis, tratan de escapar por el lugar de menos resistencia la epidermis y sus anexos, irritándolos y produciendo en ellos hiperformaciones (hiperqueratosis, seborrea, hiperhidrosis) en un primer tiempo; en la papila este flujo de leucocitos tóxicos produciría una viciación de su nutrición que acabaría por atrofia, atrofia a la cual ayudarían las hiperformaciones glandulares y epidérmicas, detentoras del desarrollo piloso.

Y ahora que conocéis criterios localistas unos, generales otros, ¿no véis claro cómo pueden aunarse? Estas insuficiencias glandulares y estos fagocitos son en el fondo una etapa diferente de un mismo hecho. ¡Qué es sino la dermatitis plástica del mixedema! Por otra parte ¿no describe esta teoría fagocitaria el proceso de atrofia del folículo seborreico?

Nosotros pensamos que una insuficiencia poli-glandular con síndrome claro o sin síntomas claros, será capaz de disminuir, como se sabe, las funciones antitóxicas, mayor número de tóxicos, mayor número de fagocitos, eliminación de éstos por los puntos débiles de la piel o los mejor irrigados (notad que las regiones seborreicas, cara y cuero cabelludo, son excelentemente irrigadas) para producir los primeros trastornos hiperformativos, preparadores de la seborrea

y facilitadores de la germinación del micro-bacilo, del moro-coco o del bacilo botella, la alopecia es la consecuencia última de este largo proceso, del cual se entrevén las etapas.

Pensando así nosotros, la terapéutica es lógica general; la opoterapia poliglandular, el arsénico o los alcohólicos, y como cura tópica la de la seborrea; los fármacos antiseborreicos, los masajes y, sobre todo, los rayos ultra-violetas, específico de las alopecias en general, antiseborreico y excitante de los mitosis malpighianas.

b) Referente a la canicie sabemos, gracias a Metchnikoff, de la existencia de pigmentófagos amiboides, y como en las alopecias, vemos deficiencia de núcleo-proteidos, de acarreo nitrogenado, sulfuroso y arsenical necesario para las formaciones pigmentarias, y es claro que este hecho fagocitario, si no en todos los casos, como pasa también en las alopecias, en algunos dependerá de insuficiencia glandular, así como en otros vemos la causa refleja como en las alopecias areatas que se comienzan o se acaban con formaciones pilosas despigmentadas, como en las canicies emocionales que tan bruscamente pueden producirse. Se vislumbra, pues, un tratamiento opoterápico o antinervino que de momento no puede ser seguro en ningún caso; pero en cambio desde Ullmann, de Imbert y Marqués, se sabe que la canicie prematura es tributaria a las dosis débiles de rayos Röntgen, y nosotros podemos asegurar que las alopecias areatas tratadas con los ultra-violetas, regeneran sus pelos pigmentados *d'emblée*, al revés de lo que pasa con los otros tratamientos.

Dejo aparte el asunto de la elección de tinturas; ya sabéis que deben desecharse rotundamente las de base anhilínica, las de cianuro potásico y las plúmbicas, que son precisamente los negros más preciosos; en consecuencia, como en los de perfumería no dicen el contenido, deben rechazarse todas como malas y creemos que debería ejercerse con estas drogas un riguroso control; el que sean empleadas con fin estético, no autoriza el que sean expedidas impunemente substancias tan altamente nocivas que es demostrado pueden perjudicar la salud local y general.

c) Contra las hipertrichosis, nada interno; tópicamente, ningún fármaco útil, pues los depilatorios son transitorios y nocivos; sólo los ensayos con acetato de talio, fundamentados en la depilación que tiene lugar por su administración interna, son en estos momentos de actualidad, sin que os pueda decir de ellos nada definitivo. Hay que recurrir a la electrolisis, como de hace treinta años viene haciéndose, proceder largo y doloroso, o a los rayos Röntgen, proceder expuesto pero único para las formas difusas.

J. — *Anomalías ungueales*. — Al hablar de deformaciones ungueales yo no quiero ocuparme en discutir el arte del *manicuro*, porque

dentro de él hay algo útil, como el masaje peri-ungueal y sobre todo el de la matriz, y bastante de antihigiénico y antiestético: yo no sé de donde ha podido originarse la ilustre majadería de creer que las uñas estéticas deben ser relucientes y rosadas, y por ahí véis a las pobres víctimas de la moda con una pasta de óxido de estaño o de plomo que les ha sido colocada por la manicura, pasta detentora y oclusora de toda clase de gérmenes y perjudicial si se arrima a la boca.

Tres agentes son útiles en las onicotrofias y onicorrexis de cualquier tipo y de cualquier etiología: el masaje de que he hablado, ya solo o con compresión elástica permanente de la matriz, acompañado o no de movimientos gimnásticos; el baño caliente alcalino o no de las puntas de los dedos, y las corrientes farádicas: combinados deliberadamente y con constancia y paciencia ejecutados pueden resolver las deformaciones antecitadas.

En las onicogrifosis y en ciertas *paronicosis* hipertróficas no cabe más que poner la superficie ungueal al descubierto y masajear los tejidos principales; es claro que un tratamiento causal podrá ser de utilidad si intervienen procesos parasitarios o infecciosos.

Este largo desfile de desviaciones antiestéticas y de sus procedimientos modificantes y perfeccionantes que acabáis de ver, no tiene por objeto detener la acción letal de una toxina, ni resolver una dolencia visceral penosa, ni calmar un dolor, ni siquiera aliviar un desequilibrio funcional molesto: busca solamente como finalidad fundamental conservar o perfeccionar la armonía de líneas y de expresión de una cara, modificar o devolver el bello colorido de una piel, mantener firme una brillante diadema de cabellos sobre la frente femenina, cumplir, en una palabra, una finalidad artística dependiente en absoluto del sentimiento estético, del sentido de armonía y de belleza concebido por nuestro tiempo y por nuestra raza.

El dermatólogo añade un término más a la divisa médica: curar, aliviar, consolar y... embellecer.

Os he mostrado que la ciencia puede y podrá con las nuevas orientaciones más aún hacer lo que no ha hecho el mismo arte: preparar y perfeccionar el modelo, producir la belleza humana. Una vez más queda demostrado también que el alma de artista no queda reservada a los profesionales geniales o estudiosos de las bellas artes, que somos en ciencia legión los enamorados de lo bello, por no decir en redondo que cualquiera que dedique su corazón y su cerebro a la ciencia, que a la oscura y áspera labor de la investigación de-

dique sus afanes, debe necesariamente poseer alma soñadora de artista.

No es nuevo; una vez más Minerva ha descendido al Helicón a contender con las Musas, y, satisfecha y orgullosa, puede decirlas: « De la cabeza de Júpiter nació, mis dominios son grandes y potentes, todo cuanto soy esta vez lo pongo a contribución para que los humanos puedan gozar un destello más de la belleza eterna. »

DISCURSO DE CONTESTACIÓN

FOR EL

DR. D. VALENTÍN CARULLA MARGENAT

ACADÉMICO NUMERARIO

ILMO. SEÑOR:

SEÑORES:

AL evocar el recuerdo, el recipiendario, de la primera vez que visitó esta docta Academia, allá en su mocedad escolar, ha motivado—en el dicente—otra recordanza: la de sus primicias en el profesorado en la que fué perdurable estancia de nuestra querida facultad de Medicina, actual albergue de la Normal de Maestros y hoy, un poco más que ayer, vetusto caserón adosado al Hospital de la Santa Cruz. La impresión que me causó el pisar la tarima de mis queridos maestros al ocupar el venerable sillón, motivado por periódicas substituciones en Cátedra ú obligadas suplencias en las respectivas clínicas, fué indecible. Aulas y Clínicas que, al parecer malqueridas por la muerte, iban perdiendo a insignes profesores cual Rull, Carbó, Giné, Pí Suñer, Robert, etc., donde hasta aquel entonces habían desenvuelto sus aptitudes pedagógicas, evidenciando una intensificación cultural con exquisitez de dicción y diafanidad de concepto, digno y muy digno de imitación y loa.

Sí; de aquellos primeros años, de otros tantos memorables cursos, en los cuales, por calendadas circunstancias, poníamos a contribución todas las actividades de nuestro espíritu con que suplir in-experiencia didáctica, y otro tanto de pobreza doctrinal, queda un sedimento de gratitud inextinguible y de cariñosa recordanza: gratitud para los en aquel entonces alumnos, hoy compañeros míos; recordanza de que ellos fueron los primeros en llamarme maestro, y conste que aunque ello parezca vanidoso (revelador cual es, en este caso de paternal afecto) no resulta tal.

He ahí la génesis de mi actuación en este solemne acto, dando por encargo corporativo, la bienvenida al novel Académico. Ignoro si pedí o si acepté; creo que acepté pidiendo el ser vuestro

mandatario; y se que Peyrí se lo merece; que al amanecer en la profesión, finalizando el siglo XIX, salía de las aulas a poco de mi reingreso en ellas en funciones de auxiliar *polivalente*—dada la variedad de enseñanzas a que se debía atender—y a partir de aquella fecha, la buena amistad con que me ha honrado, el coadyuvar animoso en mi labor en Therapia y por modo especial el compartir amarguras en los comienzos del dinamismo del Clínico, han sido motivos propulsores de que reincida, una vez más, en el cumplimiento de tan honroso encargo.

Lo siento por vosotros, honorables co-académicos, y por vos, ilustre Profesor. Atenuad las deficiencias que notéis en mi trabajo al fijaros que juzgáis del mismo el recuerdo del de docto compañero que hará poco más de un mes, y en acto gemelar al que efectuamos hoy, a todos cautivó, oración armoniosa y perfecta por la nitidez de concepto y galanura de frase; verdadera filigrana lingüística propia de nuestro gran Comenge. Sírvanme de eximentes, la buena voluntad que me guía y el cariño que he puesto en la labor.

*
* *

Nació en Reus, nuestro homenajado; en esa ciudad que en pleno campo de Tarragona y en dirección a poniente se halla situada en uno de los puntos concéntricos de la figura esferoidal que aquel representa; hijo de aquella villa mencionada por Roberto de Aguiló, príncipe de Tarragona, allá en 1154 y en todas las bulas pontificias, expedidas en el siglo XII; Ciudad en 1712 por concesión del archiduque de Austria, privilegio abolido poco después por Felipe IV de Cataluña y V de Castilla y concedido de nuevo con el calificativo de *esforçada* en 1843 y que actualmente con sus 27,000 habitantes constituye emporio de riqueza; la que en todas épocas ha sido predilecta cuna de honorables primates de la milicia y eximios maestros de las ciencias y de las artes.

No desdise de tal abolengo la hoja de servicios, lista de méritos y distinciones obtenidas, cual la labor efectuada por el beneficiario. Una carrera matizada de primeras notas con estudios extensivos en los predios de la facultad de Ciencias allende los integrales del preparatorio; alumno interno, practicante de la Casa provincial de Caridad, Profesor clínico interino, médico del Cuerpo de baños y Auxiliar numerario de nuestra facultad por oposición efectuada en 1905. Ya a partir de 1904 y por el triste privilegio de suplir a

un distinguido compañero que en la plenitud de la vida se le interpuso la muerte—me refiero al doctor Saltor,—se encargó de la enseñanza de la Dermatología, hasta llegar al año 1908, en el cual, y a propuesta unánime del Claustro, la Superioridad lo nombró Profesor interino de la misma y presumo (y en que presumo bien estamos contestes todos) que dentro breve plazo ha de serlo en propiedad.

Le han distinguido, con innumerables cargos, Corporaciones científicas nacionales y extranjeras y brillante es el papel que ha desempeñado en otros tantos Congresos a partir del de Higiene regional (1905), el de la tuberculosis (1908 Zaragoza), Internacional de electrología (1910 Barcelona), Internacional español de la tuberculosis (1910 Barcelona), 8.º Internacional de Dermatología (1912 Roma), Internacional de electrología y radiología (1912 Praga), en el del Progreso de las ciencias (1913 Madrid), Internacional de medicina (1913 Londres), hasta llegar al primero español de Pediatría (1914 Palma de Mallorca).

Y por lo que respecta a publicista, valiosos elementos de juicio se nos presentan para juzgarlo meritoriamente: su tratado de Dermatología general (1910), la traducción y anotaciones de diversas obras y su activa colaboración en múltiples revistas de allende y aquende ponen de manifiesto una intensidad de trabajo, que todos vosotros, mis distinguidos compañeros, tuvisteis bien en cuenta al otorgarle el voto.

Ni alto ni bajo, ni enjuto ni obeso; plugo a Dios el darle una clara percepción y un criterio estético, que con su parte de entusiasmo y arreos de fantasía, constituyen, sobre el lastre científico que aporta, armónica gama de cualidades requeridas por quien, cual él, siente el Arte en los dominios de la Ciencia. Pasaron los tiempos en que se creía factible el considerar en abstracto el alma de artista, inhibiéndose de las facultades orgánicas referentes a cada una de las manifestaciones o ramas especiales del tronco secular del Arte; que no en vano se encarna el Genio con un perfecto equilibrio entre las condiciones espirituales y orgánicas mencionadas.

Llegó con oportunidad—que no siempre ocurre—a la meta de sus aspiraciones, al amanecer de su profesorado. Erase allá por el año de 1908, cuando pudiéramos decir que terminaba el ajeteo de instalación de nuestras Clínicas en los nuevos actuales edificios, clínicas hasta aquel entonces cobijadas en el Hospital de la Santa Cruz, en el cual todo el cariño del hospedero no era bastante a mitigar el rigor de obligada dieta en calidad de ambiente y en cantidad de enfermos; debutaba pues como Profesor interino de Dermatología en condiciones de lugar y de material, suficiente a las necesidades

de quien al comenzar se percata de que por modo gradual, pero progresivo, podrá avanzar en extensión y en intensidad.

Lo inquieto de su espíritu, alguna que otra disonancia con el sentido de hacerse cargo, lo pedigüña, con un si es no es de exigente, de su voluntad, han sido concausas de que probara yo su dejo amargo alguna que otra vez... si bien defensor de justa causa, y en pos del ictus emotivo, no ha sido raro que el logro de la demanda fuera para él lo que la satisfacción del deber cumplido para conmigo.

Hoy el curioso, profesional o no, que cruce las dependencias del Clínico en busca de lo que a Dermatología corresponde, dará en los áticos de uno de los pabellones orientados a mediodía con su clínica de hombres con ajuar completo, sala general, departamentos aislados y cuartos de cura y baño que más tienen el aspecto de tinaja y de dependencia tintorera fabril, que no el de enfermería. Salís a la azotea junto al umbral de la sala y advertís con harta frecuencia paseantes que os muestran piernas o brazos al ictiol o a la brea atendiendo a que se seque el barniz o se concentre la pasta. Cuidad no déis con jaulas que cobijan a víctimas de la ciencia en calidad de sujeto de experimentación. Su departamento de mujeres se halla en más aristocrático piso, que primero resulta, pero con menos independencia ya que comparte el pabellón con secciones de oftalmología y de oto-rino-laringología. El departamento de foto-terapia constituye una de las dependencias integrales de la sección de Terapéutica-física del dicente. Cuenta con su laboratorio, y en él, claro que admiráis la dirección del maestro, pero algo más os choca: un *cicerone*, y por ende parlachín, que ingresó en calidad de enfermo, con lupus, en cuyo tratamiento y en juicio de contraversia, los rayos X y el radium claudicaron y la fototerapia triunfó, digo mal, triunfaba, ya que dejó de ser enfermo para ascender a enfermero, y si hoy la dolencia se sostiene, privan sus aficiones al estudio y aspira Martín —que así se llama— al grado de practicante haciendo las veces de enfermo rezagado, y también de aprovechado auxiliar en la mencionada dependencia. Y por último un dispensario que, ¿por qué no decirlo?, la actividad de su Jefe rompe con toda armonía y orden, muchas veces tan solo compatible con la inercia: viene a ser como a guisa de cajón de sastre, donde se labora en pro del tratamiento de las enfermedades sexuales y por modo paradógico y bajo aspectos diversos, se rinde culto a la belleza.

¡Cuánta heterogeneidad de medios en consonancia con las necesidades del que desea en todo caso que linde su cometido profesional con las avanzadas progresivas de la Ciencia!

*
*
*

Elige como tema «*Estética dermatológica*» creyendo —cual dice— constituye la individual característica del dermatólogo, el perfeccionar estéticamente la cubierta tegumentaria y las apéndices a la misma inherentes.

Cuidar del tegumento, subsanando deficiencias congénitas o modificando deformaciones adquiridas, persiguiendo como finalidad práctica la admiración de la belleza humana creada por el Arte y producto de la Ciencia. No en vano fueron, lo empírico de las prácticas de estética cutánea del pueblo helénico, *cuidando de la belleza sin fin de lo bello* y deben marchar para no volver tinturas y pringues de composición secreta, aceites, perfumes y cremas que desde el tocador de la dama de Renacimiento—cual indica Peyrí—llegan hasta nosotros sin más objetivo que notoria materialidad.

Siendo la estética una ciencia que trata de la belleza y considerando con Milá y Fontanals a ésta como *armonía viviente*, es percibida por nuestros sentidos del oído y de la vista, pero existe en el alma humana una facultad estética para juzgar de aquélla do se halle, facultad meramente pasiva en unas ocasiones, en otras creadora. La pugna entre la objetividad y la subjetividad de la belleza aportan a la mente el recuerdo del famoso cuarteto de Miguel Angel:

Dime ¡oh Dios! si mis ojos realmente
la fiel verdad de la belleza miran;
o si es que la belleza está en mi mente
y mis ojos la ven doquier que giran.

El recipiendario se refiere a la belleza humana y al fijar que tegumentariamente no siempre lo estético presupone salud ni lo inestético enfermedad, el problema estético entraña en la mayoría de los casos un problema profiláctico y en otros es afectivo, vinculado por lo tanto en la salud psíquica.

Echemos al olvido prácticas pseudo-estéticas, representación genuina de múltiples exigencias de la vanidad humana que el empírico cultiva al amparo o a espaldas de la Ciencia; pero convengamos que por lo mismo que no siempre resulta bello lo verdadero y en cambio debe ser verdadero todo lo bello, para dar forma sensible a toda manifestación humana conceptual de la belleza, se hace nece-

saría la intervención del Arte y de la Ciencia, dirigiéndose aquél a nuestro espíritu por intermedio de la imaginación y de los sentidos, y ésta, por la vía directa del entendimiento.

*
* *

Divide su trabajo en dos partes. En la primera se ocupa de los cuatro tipos de tegumentos hígidos, seborreico, xerodérmico, hemo y linfo-vascular, y por lo que respecta a la segunda parte, se refiere al estudio de las deformaciones cutáneas, de manchados, cornificaciones e hiperplasias antiestéticas, finalizando con la estética pilosa y estudio de anomalías ungueales.

Permitidme haga los honores a nuestro festejado glosando algo de lo pertinente a la Higiene y a la Terapéutica en relación al objeto de su trabajo.

De entre las formas utilizadas en la antigüedad por los pueblos salvajes al objeto de decorar la piel, descuellan los *cosméticos* que divididos en dos clases por los romanos, según contuvieran o no sustancias tóxicas, les servían las primeras para la higiene y embellecimiento del cuerpo y estatuían los segundos el arte de corregir imperfecciones congénitas o reparar las motivadas por el tiempo.

Forma de perfumista más que farmacéutica, cuenta con la agravante, siendo tal, que la ley no obliga a fijar sus integrales e indicar por ende el peligro de toxicidad como ocurre con las especialidades similares farmacéuticas, cual si en realidad el acetato de plomo, el nitrato de plata, el sublimado corrosivo por ejemplo, en manos del perfumista perdieran los efectos tóxicos que poseen en la botica.

Las *cremas* son formas de mayor importancia y en parte responsable de la olvidanza a que se relegan los ceratos, que se enrancian fácilmente debido a las grasas animales que contienen y han de acabar con los apellidados *cold-creams*—cremas cosméticas de origen inglés — que, aunque con mayor intensidad, irritan y desecan la piel, motivando a la larga alteraciones glandulares, atrofia cutánea y aparición de inestáticas arrugas.

Las cremas, expresión similar de la crema de leche, deben contener gran cantidad de agua o sustancias acuosas constituyendo emulsiones o leches sólidas. ¿Por qué de su empleo en la piel sana, no existiendo sequedad manifiesta o exceso de grasa? No deben ser ácidas, ni fermentables ni en exceso olorosas, dotadas de poder de penetración cutánea, pero cuidando que no perturben la transpira-

ción ni impidan el poder secretorio glandular. En tales condiciones juegan un buen papel de protector cutáneo para con la acción del frío, del aire y del sol, y es pringue obligado al querer disimular los estigmas de la vejez en marchitado rostro.

Con respecto a sus componentes, llaman la atención los cuerpos grasos, sustancias sólidas y productos complejos, que constituyen la base de las mismas. Entre otros defectos, la manteca, la cera, la esperma de ballena y los ceratos, cuentan con el hecho de su insolubilidad en el agua; los cold-creams la facilidad con que se enrancian; la glicerina y el glicerolado de almidón el que constituyen con los ácidos grasos de la piel combinaciones químicas irritantes; el agar-agar favoreciendo el desarrollo microbiano y las mismas vaselinas que aun siendo neutras hay que mezclarlas con lanolina a fin de favorecer su penetración cutánea.

En cambio contamos con las vaselinas oxigenadas, la lanolina (en la cual se diezma su exceso de viscosidad mezclándola con vaselina líquida) y el linimento óleo-calcáreo, como buenas bases para la confección de cremas indiferentes. La gelatina y la parafina aumentan—si se hace necesario—su consistencia y su poder adhesivo; y por último el empleo del jabón amigdalino y de estearatos diversos, resultan útiles cual lo son circunstancialmente, productos complejos de entre los cuales descuellan la resorbina, el saponal y la diadermina.

Intervienen como tópicos pulverulentos el almidón, el carbonato de magnesia, la creta y el óxido de cinc, y por lo que respecta al perfume adquirido por la intervención de aceites esenciales, no echemos en olvido que suelen motivar brotes eruptivos como irrespetuosa protesta, así como en lo pertinente al empleo de materias colorantes en busca de color prestado, poco, por no decir nada, nos importa, desde el punto de vista médico, el arte de los afeites empleado en los *camerinos* al objeto de caracterizarse en consonancia con la edad del personaje y época representada y a las exigencias de los efectos de luz en la escena. Menos importancia, si cabe, tienen, los afeites y esmaltes en nuestras calles y paseos, so pretexto de dar expresión a ojos poco hundidos, a mejorar los que lo son en exceso, de endulzar la mirada, simular mayor rasgado palpebral, empequeñecer la boca, juguetear con la nariz y orejas modificando formas o retocando tintes... arte de escenografía mundana, patrimonio de curanderiles *institutos de belleza* y labor de artista de menor cuantía, que por modo manual, con lápices y cremas, con brochas o con la *pata de conejo*, en alas de su fantasía y en busca de lo bello, crea una *ficción*...

Llevamos mencionado que las *esencias*, ya procedentes de la secreción glandular de ciertos animales, ya extraídas de plantas aromáticas, ya productos sintéticos del químico, se toleran tan sólo en pe-

queña cantidad. El mismo *jabón* de empleo diario, debemos procurar no sea de los que a la piel enrojece o descama por resultar anti-higiénico. Proscribamos los *Vinagres* para tegumentos finos e irritables; justifiquemos su empleo, como activantes del aparato circulatorio y para facilitar la descamación, en casos por ejemplo de seborrea seca, y en consorcio con alcoholados, para casos de seborrea grasa.

¿Y qué diremos de las *Tinturas*? ¿Quiere justificar la necesidad de su empleo el hecho de prematuras canas? ¡En cuántas ocasiones no resulta paradójico el empleo de las mismas, a tal objeto, si con ello revelamos notoria disonancia entre un negro de azabache o rubia caballera o barba, y una cara marchitada por el correr de los años!

Es más: téngase en cuenta que aun con intensidad variable, tales tinturas modifican la vitalidad del cabello, o bien provocan estados reaccionales de la piel, erupciones frecuentemente rebeldes o hechos de intoxicación; que a tanto puede llegar la gama de especialidades a base de agua oxigenada, de anilinas, y de sales de plata. Cierto que existen tinturas con principios de origen vegetal, a base de índigo, por ejemplo, más inocuas para su empleo; pero conste que son las menos en relación a las de base metálica o de anilina y sus derivados.

Y ya que de tintes hablamos, dejemos lo que al cabello y pelo se refiere y fijándonos en lo que a la *toilette* de la cara corresponde, digamos que, aunque galante, no debe coadyuvar el dermatólogo, desde su despacho profesional, a que reine la farsa—en la generalidad de los casos;— que si cual indica *Gastou* admiración fueron de los romanos esmaltadas caras a beneficio del empleo de la creta con vinagre y espuma de cerveza y en el siglo XV se emplearon aceites de especial composición para suavizar la piel, así como en el siglo XXII las lociones a base de vinos del *Rhin* y de agua de espinacas; y se nos presenta a M.^{me} Pompadour aplicándose *biftechs* crudos durante la noche y a Popée, mujer de Nerón, emplastando su cara con miga de pan amasado en leche de burra, tenéis el deber de decir a vuestras clientas, que múltiples problemas referentes a trastornos cutáneos no son solamente tributarias de tópicos de mayor o menor cuantía, sí que de tratamientos de aquellas alteraciones funcionales que motivan de ordinario la lesión. ¡En cuántas ocasiones la rubicundez excesiva de un rostro no reconoce por causa la emoción, y sí, la acción del frío o del calor, cual en otros casos es debida a trastornos digestivos, circulatorios o útero-ovarianos!

Podrá una *mancha* por defecto de pigmentación, cual ocurre en el vitíligo, lepra, sífilis, leuco-melanodermia, o bien por exceso cual se observan en las efélides, cloasma, léntigo, etc., ser tratada

por pastas o lociones; pero ¿qué lograremos con el procedimiento local de Van Hoorn (de Amsterdam), con las fórmulas de Hager o Buchardat, pomada de M.^{me} Mainternou, ni la mixtura de Unna, sin combatir el especificismo, sin modificar los trastornos de función que les son causales, sin la base necesaria, en fin, de un tratamiento general?

En la misma *cicatriz*, ya sea debida a foliculitis, forúnculo, acné, fiebres eruptivas o quemaduras; bien se trate de remedio cicatricial de los orificios glandulares por seborrea grasa; en todo caso, a pesar de la casi inutilidad de la medicación interna, después de compulsar los efectos relativos de tópicos medicamentosos, de aplicaciones de masaje, electricidad, radio, nieve de ácido carbónico, luz, rayos X o procederes de índole quirúrgica, cabe tengamos que pensar en el empleo de las inyecciones subcutáneas de tiosiamina o de fibroli-sina.

El mismo tratamiento de los quistes, excrecencias, granos de acné punteado o puntos negros, y hasta el vulgar y molesto sabañón, requieren de ordinario, más que el empleo de cosméticos, un tratamiento médico adecuado.

Aun tratándose de afectos solamente tributarios del empleo de remedios locales, tiene que ver la misión del médico por encima del arte coquetón del perfumista; la antiestética arruga inamovible al doblar la cuesta de los cuarenta y que aquel disimula de momento para aumentar después gracias a los efectos secundarios de los mismos pringues empleados; la de tegumento con exceso de delgadez o de sequedad; la representativa de sedimento emocional o estigma de pasión, podrán ser prevenidas, pero hacer que desaparezcan una vez tomado estado, ha de ser tan sólo por modo circunstancial. La doblez cutánea que revela falta de paridad entre la marcha regresiva del panículo adiposo y el poder retractil del tegumento respectivo, declara que no ha de ser ello labor de perfumista ni ajetreo curanderil y sí hálito de Ciencia que indique al profesional que al ritmo de la corriente galvánica podrá fundir la grasa al unísono de la retracción cutánea y evitar, por ende, el marchitado estigma de prematura vejez.

La parte más científica, si cabe, y la técnica más escrupulosa, se refiere al empleo de los agentes físico-mecánicos en estética dermatológica.

El aire modificado en el sentido de presión, interviniendo a beneficio de las ventosas de Bier en diversas supuraciones cutáneas, así como en procesos hipodérmicos y ganglionares agudos; el agua bajo la forma de pulverización, de ducha o de baño, según sea fría, templada o caliente, buscando efectos tónicos al tratar la génesis neurotrófica de variadas dermatosis o el efecto sedante en las pru-

ritosas o efectos reaccionales o hiperhidróticos; el baño corto, el prolongado y el permanente de Hebra, los baños medicamentosos y los medicinales naturales y artificiales, son otros tantos factores terapéuticos de importancia. El empleo actual de las individualidades de la Hidrología médica, ha diezmado en parte; ya que desetiquetadas de herpéticas la generalidad de las dermatosis, gracias a los avances actuales etiológicos y patogénicos de las mismas; ni en general ordenamos baños al individuo con ectima o impétigo, sí que también desconfiamos de su eficacia en otras varias cual las tricofitias; llegando a la especialización farmacodinámica de tales aguas al tener en cuenta lo complejo de su mecanismo de acción: triaca natural considerada como agente vivo. He ahí el porqué desde el punto de vista de estética cutánea, resultan las aguas sulfurosas, hiperemiantes, modificadoras de la tensión vascular y excitantes metabólicas; con riqueza de efectos excito-resolutivos las cloruradosódicas; queratolizantes, las bicarbonatadas; modificadoras de procesos cutáneo-postulosos en sujetos linfáticos las ferruginosas, y finalmente del empleo de los lodos vegetales o minerales excelentes resultados en el tratamiento de dermatosis microbianas, tóxicas y nerviosas.

El empleo del hielo, de las pulverizaciones de ácido carbónico o de aire líquido, el lápiz de nieve de dióxido de carbono obtenido con el aparato de Prana; las prácticas de termoterapia a beneficio del aire calentado, del termo y del gálvano-cauterio; la luz monocromática, los procederes de Dowsing, de Finsen y de Finsen-Rey, el uso de la lámpara de cuarzo de Kuch-Kromayer con sus acciones superficial y profunda, son agentes con los cuales logramos éxitos en casos de acné, de peladas rebeldes, así como en tubercúlides y en algunas neoplasias de implantación superficial.

Dejemos al asoleamiento o prácticas de Helioterapia, y descubramos el velo de las aplicaciones de los rayos Röntgen y del radium el cual posee radiaciones de efectos más penetrantes, con acción antiséptica y secuelas destructivas, que no los primeros, con los cuales los efectos que se obtienen guardan consonancia con la distancia del foco, extensión y configuración de la superficie irradiada, y espesor y naturaleza del tejido; pudiendo obtener así, atrofiaciones de ciertos elementos cutáneos, destrucción de microorganismos, alteración del metabolismo celular y destrucción de tejidos patológicos.

Y llegamos a los lindes de la electroterapia. Innúmeras son las modalidades electro-técnicas de aplicación local; sirvan de ejemplo el empleo del efluvio estático y de la chispa franklinica para combatir el eczema, impétigo, casos de pénfigo, queloides, según procedimientos de Weil, Doumer, Peyrí, Cirera Salse, etc. La galvano-caustia química en tratamiento mono o bipolar en casos de acné,

nevus, angiomas, verrugas, epitelomas, forúnculos, etc. El empleo de la gálvano-caustia térmica que con un *mínimum* doloroso se obtiene un *máximum* de causticidad, y de reiterar periódicamente las sesiones, finalidades esclerógenas manifiestas. El faradismo, empleando el secundario de hilo fino estimula los tejidos y contribuye a la desaparición de arrugas y al maridar su empleo con el de la galvánica ritmada, resulta un tratamiento estético de la obesidad ya que la retracción cutánea que tiene lugar evita la laxitud de la piel con sus dobleces respectivas. Por el procedimiento de *Lewandowski* obtenemos la decoloración y rápido reblandecimiento de las cicatrices.

El electrodo condensador con el uso de la chispa y del efluvio de alta frecuencia posee una acción celular, modera las terminaciones nerviosas, influencia la nutrición local obteniéndose sorprendentes efectos para con inveterados eczemas, pruritos, psoriasis, esclerodermia en placas, verrugas, úlceras varicosas, etc. Complicada resulta por lo tanto la técnica electroterápica, que aun en busca solamente de resultados estéticos de la piel ya se emplean métodos de cantidad para obtener efectos antiflogísticos y reductores, ya métodos de tensión para el logro de resultados dermatológico y queratoplásticos y esclerógenos siguiendo las pautas de Arsonval, Doumer, Oudin, Brocq, Leduc, Gautier, Haelopeau, Lang, Bergouinié, Cirera Salse, Tuffier, Monté. ¡Y que exista una triada de *pseudocultivadores de belleza*, practicantes, comadronas, masajistas y peluqueros; que se doctoran en la materia, indicando solamente los efectos obtenidos en individuos debidamente tratados por un profesional!

Llegamos a los procedimientos manuales en los cuales la ciencia cede su derecha al Arte, el cual a su vez en manos del actuante, se eleva hacia la región de lo sublime y de lo bello.

.....

No se trata ya del masaje del cuero cabelludo en casos de pelada, ni de sus buenos efectos en otros tantos de retención glandular cual en aquellas secuelas de éxtasis sanguíneos o de linfa; nos referimos en este capítulo a una técnica especial para amasamientos palpebro-nasales, en la frente o en las mejillas, con la punta de los dedos o con palillos—remedo de los bastoncillos romanos—y así tratar arrugas, acné, eritrosis, telangiectasias... estigmas de anties-tetismo cutáneo. No en vano, con tal masaje, avivamos el proceso de queratinización, favorecemos la excreción glandular, y mejoramos las condiciones de circulación cutánea; único secreto para oponerse a los trazos de senilidad prematura, sí que también, para enmascarar, en parte, aquellos otros reveladores de la ancianidad; ocaso de la vida.

Además del masaje simple, contamos con el plástico con sus efectos reductores y con la compresión metódica a beneficio de la cola, barnices, caucho o vendas elásticas; sin echar al olvido las tablillas de Unna, esparadrapos, etc.

El empleo de las máscaras de tejidos, que priven la acción del aire sobre la piel y faciliten la absorción de productos en las glándulas y capas cutáneas superficiales, las máscaras medicamentosas o cataplasmas y las cauchotadas activando el funcionalismo glandular y la circulación, favorecen la salida de productos que obstruyen la piel y por modo especial la epidermis. En las mismas cauchotadas de emplearlas periódicamente y con la asociación de pulverizaciones y masaje pueden obtenerse efectos utilizables cual evitar arrugas, tonizar la piel, descongestionar la cara, evitar la sequedad, los comedones, el exceso de grasa, etc. Pero de su empleo por manos curanderiles sin conocimiento de los auxiliares del tratamiento, preséntanse efectos antitéticos tales como los de reblandecimiento y de lacidez cutánea.

Y para terminar la serie de agentes físico-terápicos propios a tratar las afecciones cutáneas en lo que a la estética se refiere quedan agentes queiroterápicos cual escarificaciones, empleo de procederes de exéresis cutánea y la práctica de injertos.

* * *

Conforme de toda conformidad, mi querido compañero, en que la estética dermatológica entraña un problema profiláctico, para cuya resolución debemos acudir al médico y al dermatólogo, o por mejor decir al *dermatólogo-médico* en consonancia con los conocimientos actuales de etiología y patogenia de las enfermedades cutáneas. En pos de aquella época de empirismo en que frente a frente de una alteración tegumentaria y al objeto de estatuir su tratamiento, dábamos con un manantial inagotable de pócimas *depurativas* y después de un lapso de tiempo, durante el cual únicamente se han empleado al mismo objeto agentes tópicos de aplicación externa, resurge hoy el factor dietético jugando un papel de importancia en dermatología, cual bien lo expresa *Riviére* y lo afirman *Jacquet* y *Ferrand*, al mentar como causas de los mencionados procesos, entre otras muchas, la vida sedentaria, el *surmenage* en sus dos modalidades psíquica y física, los trastornos digestivos consecuentes a excesos en cantidad o en calidad o motivadas por la excitación esto-

macal tan frecuente en los casos de taqui y de polifagia y de poli-dipsia, así como a los trastornos funcionales debidos a insuficiencia respiratoria, o bien a alteraciones dinámicas o de lesión, tiroidiana, hepática, renal, urinaria o genital.

Resulta de lo dicho y como orientación científica, el oponerse eficazmente a las perversiones celulares del metabolismo, combatir los trastornos funcionales y compensar las insuficiencias comentadas, así como coadyuvar al aumento de inmunidad para las dermatosis y disminuir la vulnerabilidad toxiniana de la piel; y todo ello como plan terapéutico inicial de los mencionados procesos.

Después del empleo de los modificadores generales, viene el estatuir las indicaciones sintomáticas locales, en busca de efectos calmantes, reductores (que según las dosis y técnica de empleo podrán ser parasiticidas, antiflegmáticos o keratinizantes), kerotolíticos, antisépticos, excitantes, rubefacientes, revulsivos, cáusticos y esclerógenos a beneficio de agentes químicos, físico-mecánicos o biológicos. ¿Y a qué objeto? Para combatir por modo racional alejando arcaico empirismo, las dermo-epidermitis agudas, las *alopecias* difusas de origen general, así como las que conviven con estados locales a modificar—la *pitiriásica* y la *seborreica* por ejemplo;— para tratar la *efidrosis*, cual la paroxística, en general, *hiperidrosis* y la más rara *cromidrosis*; la *hipertrichosis* congénita o adquirida, local o general; la hiperplasia córnea—ya en forma de *ictiosis* y de *hiperqueratosis* congénita, ya consecutiva a otras lesiones;— los trastornos pigmentarios representados por las *acromias*, *discromias* e *hipercromias*; y para acabar, los estados pruriginosos a partir del prurito simple hasta llegar a los pruritos violentos reveladores todos ellos de una gama causal, que comienza en una simple hiper-excitabilidad cutánea y acaba con el *prurito de Hebra* o prúrigo diabético.

Quedamos convencidos que de estos cuidados estéticos deriva con frecuencia el calendado problema profiláctico, previniendo, por ejemplo, la *alopecia*, el *acné polimorfo*, el *sarcoma*, el *epitelioma*, etcétera. Admitamos lo de la vida o muerte afectiva de la mujer supeditada a una *alopecia*, a un *nevus* de la cara, etc.... pero no olvidemos que en tan resbaladiza pendiente psíquica, hemos llegado ya, so pretexto de desvirtuar anomalías ungueales, verdaderas o ficticias, al empleo de pastas plúmbicas o al óxido de estaño con que hacerlas relucientes, dándoles tonalidad diversa según el capricho de *S. M. la Moda*. Por motivos similares, reveladores las más de las veces de una tara psico-neurótica; al unísono de la improvisada rubia que en unos días de ajetreo y con unos frascos de agua oxigenada logra trocar el color de su trenzado, damos con la que despotrica del depilatorio, protesta de la quisquillosa electrolisis y se en-

cariña con la radioterapia, por tratarse de pelo adulto y resultar la depilación más eficaz.

No dudo que siguiendo por tal vía y cacareando arte, poquito a poco va menguando la distancia que nos separa del reinado que fué de M.^{me} *Pompadour*, época en la cual, siguiendo los consejos de *Juan Guignard* y a beneficio de negro tafetán y en variada forma, se obtenían y aplicaban lunares artificiales en la cara; unas veces para disimular defecto, otras para hacer ostensible, por contraste, la blancura de su tez; las más, al objeto de aletear... en pleno campo magnético de corazón inducido. Dígalo sino, el gráfico y escueto cuestionario que privaba, significativo de tales artimañas, apellidadas *moscas*, según cual fuere el sitio de elección.

Veamos: la *apasionada* en la comisura palpebral; la *majestuosa* casi en el centro de la frente; la *alegre* bordeando la foseta que se forma en la mejilla en el acto de la risa; centrada en la mejilla, la *galante*; la *coqueta* sobre los labios, la *discreta* junto al mentón.

Me declaro incompetente en la materia, así como también desisto de seguir al compañero en sus elucubraciones pertinentes a la maléfica influencia amañada por variedad de ondulaciones y de rizados; en lo que respecta a ventajas e inconvenientes de las podas metódicas, y por modo especial, en cuanto al estudio del peinado desde el punto de vista higiénico. Y no es que no me plazca oírle, que en el mentado capítulo y en alas de la diosa *Higea* se encumbra por las regiones del Arte, idealizando con peculiar maestría acerca lo higiénico y lo estético, lo útil y lo bello en el trenzado; pero a fuer de imparcial debo decir que mucho me temo que, padeciendo de vértigo de altura, cual padezco, al remontar el vuelo hacia lo *sublime*, presto me fuera necesario aterrizar con vulgar ridiculez...

* * *

Señores: aunque debido a vuestra cariñosa benevolencia no demostréis la fatiga correspondiente a lo que de vosotros he abusado, llega el momento, tardío, sí, pero bienquisto siempre, de que impere el sentido de hacerme cargo y por lo tanto, termino.

Doctor Peyrí: decís que la finalidad que debe perseguir el dermatólogo consiste en curar, aliviar, consolar y... embellecer; y a

fuer de sincero me permito observaros que si para el *internista* cual para el *cirujano*, consuelo, cual dice Peset Cervera, representa sembrar con flores el camino del sepulcro; considero que para el dermatólogo y desde el punto de vista estético, consolar—en lo material—ha de ser conservar la armoniosa expresión de una cara o *perfeccionarla*, en lo posible, cuando hechos insólitos o el fárrago sedimentoso de los años, provocan deformidades, trazos de desequilibrio estético o dejo de senectud, consolar en este caso, dígase lo que se quiera, es embellecer; y lo de embellecer por ende sobra, si de consuelo material se trata.

Señor Presidente: dignaos hacer entrega al recipiendario de la insignia académica que le corresponde: no dudéis que la sabrá honrar, que si en estos lares se cobija una pléyade de hombres de ciencia, geniales unos—eximios clínicos, notables higienistas o prácticos bacteriólogos los más,—al lado de exigua minoría que, cual el dicente, aportamos al ajetreo académico poco más que una buena voluntad, el que hoy ingresa es de los privilegiados y o mucho me engaño o a poco de su acomodación en este medio, podremos aquilatar, por la exquisitez de labor efectuada, su valer y su laboriosidad.

HE DICHO

